

Capítulo 5

EPÍLOGO AL PAPA FRANCISCO

Jacinto Choza y José María González del Valle

Cuando se escribieron algunos de estos trabajos, y desde luego cuando sus contenidos se maduraron y se pensaron, no había llegado el Papa Francisco al pontificado.

Los textos recogidos en él tienen una unidad temática pero no estilística. Las exposiciones tienen el tono de lo escrito y de lo oral, lo académico y coloquial, lo eruditamente preciso y lo imprecisamente memorativo, como un artículo de revista científica, un artículo de prensa diaria, una lección magistral, una clase cotidiana o una charla de café. El tema del que se trata, el matrimonio homosexual, la privatización del sexo, los modelos de familia y la libertad de conciencia, se presta bien a esa diversidad de enfoques porque, como afecta de un modo tan directo e inmediato a tantos tipos de personas, es lógico y natural que sea debatido y conversado en los foros más diversos.

El sexo, el matrimonio y la familia son dimensiones de la vida e instituciones sobrecargadas de regulación normativa civil y religiosa, y las autoridades competentes sobre la materia en ambos campos son interlocutores especialmente importantes para los interesados en el tema. De entre esas autoridades, el Papa Francisco lo es de modo muy particular, en primer lugar por la atención institucional que en su pontificado está prestando la Iglesia a los problemas de la familia, mediante sínodos ordinarios y extraordinarios, nacionales e internacionales, y en segundo lugar porque en algunos de sus gestos, comentarios incidentales, twitters, entrevistas o declaraciones, habla de todos estos asuntos siguiendo una orientación con la que parece no resultar discordante este pequeño volumen.

No hay por el momento encíclicas ni declaraciones que sitúen los proyectos pastorales del Papa Francisco sobre la familia dentro del contexto de la filosofía y la teología de la historia. Quizá no es ese el procedimiento más adecuado para las grandes reformas. Quizá no es eso lo que más necesitan los hombres, ni lo primero que requieren, para experimentar una ayuda aliviadora en el desarrollo de su vida sexual, matrimonial y familiar. Al parecer, tampoco fue eso lo que aportó Jesús en sus conversaciones con los hombres, que sí tuvieron efectos altamente transformadores. Ese tipo de proyectos lo aportan Pablo y Agustín, pero no él.

Jesús no era Papa, ni sus apóstoles cardenales, y no asumió responsabilidades institucionales. Ni siquiera era cristiano, obviamente. Tampoco era un intelectual tipo Pablo y Agustín. No se trata de que no tuviera un cociente intelectual como el de ellos, que probablemente lo tendría, como algunas personas de su estirpe, tal vez María, o Joaquín. Lo que no tenía era una formación académica que le permitiera desarrollar una teología de la historia o un aparato conceptual como el que ellos desplegaron.

Jesús tampoco aparece como una persona intelectualmente cercana a la manera en que sí aparecen Pablo y Agustín. La figura de Jesús ha sido transmitida a la posteridad por la hagiografía, y la hagiografía transmite personajes hieráticos que se comportan siguiendo guiones escritos por autores como Sófocles, Corneille o Kenneth Branagh.

Los Papas tienen entre sus cometidos representar a Cristo como cabeza de la Iglesia institucional, papel que realmente no desempeñó, y representarlo como hijo del Padre que viene anunciar a los hombres de qué manera les ama. En la difícil tarea de asumir esos dos papeles, hay veces que el Papa representa más y mejor el de cabeza de la institución, y entonces no es extraño que aparezca como pelmazo, como esa persona que quita la soledad y no da la compañía, según el dicho que Ortega le atribuye a Benedetto Croce. Otras veces el Papa representa más y mejor el papel del hijo que anuncia a los hermanos cómo son el amor y los "cuidados de padre", y entonces no es extraño que aparezca como amigo, como ese que tiene la mejor versión de uno mismo y en la que a uno le resulta más agradable quedarse a vivir, según la expresión del filósofo Higinio Marín.

En ambos casos el Papa adopta el papel de cabeza de la familia, de responsable de ese ámbito que resulta ser el único en el que la persona es querida por sí misma, como decía Juan Pablo II.

Tanto en la sociedad civil como en las comunidades religiosas, los ciudadanos y los fieles se inclinan en unos casos a adoptar más la posición de apoyo a la dimensión normativa institucional de la figura del pontífice y en otros más bien la de apoyo a la dimensión existencial personal.

En los textos que se publican aquí la orientación resulta más de apoyo a la dimensión existencial que a la normativa. Esa impresión podría explicarse por el hecho de que los autores, que al igual que el Papa Francisco han culminado su vida académica como profesores, después de completar la fase inicial en clave de Sancho el Bravo, y haber concluido la fase intermedia en clave de Sancho el Fuerte, han alcanzado la fase final de la madurez en clave de Sancho Panza y miran la realidad desde una posición más comprensiva.

Podría explicarse también porque el mundo académico, después de experimentar la caída de las formas hagiográficas, escenográficas y coreográficas del Antiguo Régimen, magistralmente utilizadas en las representaciones al estilo de Corneille y de Branagh, ha aprendido las ventajas comunicativas de otras formas de puesta en escena como las de Bertold Brecht o Luigi Pirandello. Es decir, porque las autoridades del mundo civil y el mundo eclesiástico, incluido el Papa Francisco, y con ellas los académicos de ambos mundos, incluidos los autores de estos trabajos, han experimentado que la comunicación con sus contemporáneos puede lograrse, mejor que con la grandilocuencia, con la sencillez. Si cada vez es más difícil comunicarse mediante los procedimientos del Antiguo Régimen, y sus defensores son cada vez menos, resulta más provechoso pasar al procedimiento de los del nuevo régimen para no enfrentarse a ellos que son mayoría, aplicando así la lección aprendida en el romance: “vinieron los sarracenos/ y nos molieron a palos,/ que Dios ayuda a los malos/ cuando son más que los buenos”.

Que la edad con frecuencia proporcione amplitud de miras y vuelva a los hombres más comprensivos, o que la experiencia aconseje evitar enfrentamientos y buscar nuevas vías de acuerdo cuando las antiguas resultan impracticables, podría explicar que haya cierta sintonía

entre los textos de este librito y algunas indicaciones del Papa Francisco sobre el sexo, el matrimonio y la familia. Pero hay otros motivos que explican mejor esa sintonía.

En los largos milenios del paleolítico la relación entre los hombres y la divinidad consistía en los cultos sacrificiales y en los signos sacros, y no en las normas sobre el trato con las otras naciones o con los pobres, porque no había naciones ni pobres, al no haber ricos. En los menos largos milenios del neolítico las relaciones de los hombres con la divinidad consistían, además de en el culto, en las normas sobre el comportamiento respecto de los padres, las personas casadas, las propiedades, etc., pero no en la proclamación de la intimidad divina y de las promesas hechas a los hombres, porque Dios no había dicho nada de su intimidad ni había hecho promesas. Como el lenguaje no se usaba entonces para la comunicación habitual de los hombres entre sí, tampoco se usaba para la comunicación de Dios con los hombres.

En los largos siglos del calcolítico la relación de los hombres con Dios, además de consistir en el culto y la moral, consiste también en la fe en las promesas que Dios ha hecho a su pueblo o a sus pueblos, a los hijos de Noé, a los de Melquisedec, a los de Isaac y Jacob, a los de Agar e Ismael, etc., pero no en las conversaciones y acuerdos que ha hecho con Pedro y con Pablo, porque no ha tenido con ellos conversaciones ni acuerdos particulares. Por último, en los largos siglos de la historia, la religión consiste, ciertamente en el culto, la moral y la revelación de las épocas anteriores, pero ahora también en los acuerdos y conversaciones de Dios y de Cristo con Pedro y Pablo, Francisco e Ignacio de Loyola, Catalina de Siena y Teresa de Calcuta.

La religión no permanece constante a lo largo del desarrollo de la especie humana, sino que despliega nuevas formas en congruencia con ese desarrollo. Y después de largos siglos de historia, la religión parece consistir también en los acuerdos y conversaciones de Dios con Gandhi, Martin Luther King, Vicente Ferrer y otros, que también han testimoniado con su muerte tales acuerdos y conversaciones¹¹¹.

111 Cfr. Choza, J., *Secularización y personalización. Una sistemática histórico-cultural de la religión*, RAPHIR, 1, 2014, pp.11-27; <http://www.rafir.net/ojs/index.php/raphir/issue/view/1>

Para los planteamientos del cristianismo institucional, las declaraciones y actuaciones de los pontífices posteriores al Concilio Vaticano II resultan, en un número más o menos amplio, sospechosas. También algunas del Papa Francisco, especialmente en relación con el sexo, el matrimonio y la familia. Las actitudes y comentarios del Papa Francisco a que se refieren esas sospechas tienen el sentido de brindar acogida en la comunidad eclesial a personas que, desde el punto de vista institucional, están situadas en las tinieblas exteriores. El sentido de esas actitudes y comentarios puede ilustrarse con un ejemplo muy conocido de la teoría de la ciencia contemporánea.

La posibilidad de formular y desarrollar hipótesis y teorías científicas en la física contemporánea está vinculada a la posibilidad de proyectar determinados experimentos y hacer comprobaciones mediante determinados tipos de cálculos matemáticos, y ahí es donde trabajan los científicos intentando traer a la luz de la ciencia lo que está en las tinieblas de la ignorancia. Su situación es parecida a la del borracho que en una noche lluviosa buscaba las monedas perdidas en el cono de luz proyectado en el suelo por una farola. Se le acercó un transeúnte con ánimo de ayudarlo a buscar y le preguntó, oiga, pero, ¿usted está seguro de que las monedas las ha perdido aquí? No, contestó el borracho, pero si no las he perdido aquí no tengo ninguna posibilidad de encontrarlas.

Es posible que el terreno de juego de las partidas de la ciencia esté bien dibujado en esa anécdota, pero es posible que el de las partidas de la religión, y en concreto el de las del cristianismo, no lo esté. Es temerario sospechar que hay vida religiosa, y vida cristiana, fuera del foco de luz proyectado por la farola. Que hay vida religiosa y vida cristiana fuera del Vaticano, fuera de la jurisdicción del derecho canónico, y que hay vida religiosa y vida cristiana entre quienes ignoran el símbolo de los apóstoles.

Hay al menos dos tesis, en la exhortación apostólica del Papa Francisco *La Alegría del Evangelio*, de 2013, que dan pie para pensar así. La primera es que la transmisión de la buena nueva de Jesucristo no puede limitarse a la reiteración de lo que tradicionalmente ha hecho la Iglesia y la parroquia. La segunda es que Cristo aún no ha dado lo mejor de sí mismo y que la aportación de esa novedad latente solo es posible a través de la creatividad de los fieles cristianos.

Lo que la Iglesia ha hecho tradicionalmente es formular unos dogmas y difundirlos (el credo), celebrar los sacramentos y el misterio cristiano (el culto), proponer y observar un comportamiento bueno (la moral). Eso es lo que enseña el catecismo de la Iglesia, esa es la tarea de las parroquias y eso es lo que viven los fieles. Esa tradición no basta actualmente para transmitir la buena nueva, para evangelizar, porque la Iglesia del siglo XXI, con esas prácticas, resulta desvitalizada y mortecina. La Iglesia que se mantiene y persiste haciendo eso es la Iglesia que el Papa Francisco critica porque no cumple su misión de evangelizar.

La evangelización es posible a través de la creatividad de los fieles. El Papa Francisco insiste en que el cometido de los fieles no es la repetición del dogma, no es la confesión del credo ante los que no lo saben, porque eso puede ser simplemente la declaración de unas tesis verdaderas. No es la celebración del culto, la práctica sacramental, porque el culto consiste en un conjunto de prácticas que pueden realizarse rutinariamente y sin vida propia. No es la observancia de la moral, ni la insistencia en la obligatoriedad de las normas, porque la norma moral dice lo que hay que hacer y lo que se hace siempre, pero en eso el espíritu, el amor, no está de suyo presente.

Lo que el Papa Francisco propone en ese documento es creatividad en todos los órdenes. Pero si no se señalan ejemplos concretos y vivos de esa creatividad, su enseñanza puede resultar desconcertante, porque parece decir que no hay que hacer lo que se ha hecho siempre, y puede hacer creer a algunos que el Papa lo que propone es destruir la Iglesia.

Efectivamente, el Papa Francisco dice que no hay que hacer lo que se ha hecho siempre, que no basta con eso, y menos aún hacerlo del modo en que se ha hecho siempre, y que es precisamente siguiendo ese camino como la Iglesia se va desvitalizando y se va destruyendo a sí misma. Que hay que emprender caminos nuevos y que esas novedades vienen de la creatividad y no de la observancia de las prácticas tradicionales. La parroquia tradicional es el ejemplo de lo que debe ser superado según el texto pontificio, esa que enseña catequesis, administra los sacramentos y amonesta mediante las normas morales.

La creatividad surge, según el Papa Francisco, del encuentro personal con Cristo. En ese encuentro se enciende el amor, y lo más propio del amor es el florecer de los buenos sentimientos, y el fluir de múlti-

ples iniciativas, en el gozo de la creación, en la alegría de los emprendedores. Los amantes no se acuerdan ni miran los ceremoniales para saber lo que se tienen que decir y cómo tienen que hacer las cosas, ni se acuerdan de los deberes. Solo aman, crean y gozan.

El Papa Francisco dice que hay brotes de la Resurrección de Cristo por todas partes, dentro y fuera de la Iglesia. El ejemplo más universal y perceptible de todos esos brotes es la proliferación universal de las ONGs en todo el mundo. Son organizaciones cuyas tareas desarrollan, fundamentalmente, las obras de misericordia descritas en los evangelios y recomendadas por la Iglesia Católica Romana, siete corporales: visitar y cuidar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, liberar al cautivo, enterrar a los muertos, y siete espirituales: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo, rogar a Dios por los vivos y las almas perdidas (*Catecismo de la Iglesia Católica* nn. 2447-2449).

La misericordia es la forma más inmediata y universal de amor al prójimo, la oferta de salvación más espontánea y común, y tanto las diferentes confesiones religiosas como las diversas sociedades civiles han desplegado una creatividad admirable abriendo cauces a ese amor y a esa oferta de vida y de salvación. La creatividad que el Papa quiere para la Iglesia y las parroquias es la misma que han desplegado esas sociedades. Porque Jesús en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo dice que hacer eso es amar a Jesús y confesarle. Que eso es directa e inmediatamente amar y eso es lo importante, mucho más importante que enseñar el dogma, celebrar la liturgia y observar la moral. Y eso ya lo había explicado así en 1968 el teólogo Josef Ratzinger en su reflexión sobre los modos en que la iglesia ha comprendido su fe a lo largo de su historia¹¹².

Una parroquia que cumple la tarea evangelizadora amando como dice el papa y con la creatividad que él dice, consiste en un semillero de pequeñas ONGs. Grupos de atención a los ancianos, a los que están solos, a los inmigrantes que no saben conseguir papeles, a niños disca-

112 Cfr. Ratzinger, J., *Introducción al cristianismo*, Salamanca: Sígueme, 1969.

pacitados, grupos de integración de familias marginadas, así hasta que la gente se conozca más y no haya marginados, solitarios, tristes, y hasta que los enfermos y los pobres sientan que la parroquia es su familia.

Estos son los motivos teológicos, bien desarrollados por sus antecesores inmediatos en el pontificado, que el Papa Francisco tiene para sospechar que hay vida cristiana más allá de la transmisión del catecismo. Aunque resulte temerario, y se sienta peligroso desde algunas perspectivas, el Papa Francisco parece que lo sospecha, que cree puede llevarles, a esos que viven “fuera”, algún reconocimiento de parte del hijo y del padre, alguna invitación a pasar de la oscuridad exterior a la mesa del banquete, y a participar en él quizá con un aperitivo. La sintonía que pueda advertirse entre el Papa Francisco y los textos de este librito quizá se deba a que probablemente sus autores comparten esa sospecha también. Si el Papa Francisco cree que, como representante del hijo, tiene algo aliviador que decir a esos hermanos que están al otro lado del foco, que pueden entrar al banquete o al aperitivo, estas páginas podrían contribuir a facilitar la comunicación de ese mensaje. En ese caso merecerían un aprobado alto.

Post Data. Cuando se envía este texto a la imprenta, en junio de 2016, ha transcurrido más de un año desde que se escribió. En ese tiempo, el Papa Francisco ha emitido una serie de documentos cuyo contenido se refiere de lleno al tema del matrimonio y la familia. No ha sido posible hacerse eco ellos pero lo que se dice aquí puede interpretarse como como en sintonía con ellos.

Esos documentos son

1.- Las dos Cartas “*motu proprio date*” “*Mitis Iudex Dominus Iesus*” e “*Mitis et misericors Iesus*” sobre la reforma del proceso canónico para las causas de declaración de nulidad de matrimonio, respectivamente en el Código de Derecho Canónico y en el Código de los Cánones de las Iglesias Orientales, de 8 de septiembre de 2015.

2.- La Bula “*Misericordiae Vultus*”, *El rostro de la misericordia*, de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia, de 11 de abril de 2015. Con ocasión de ella, se concede un permiso temporal para que los sacerdotes puedan absolver del pecado de aborto a quienes lo han practicado y que estén arrepentidos de corazón durante el Jubileo de la Misericordia o Año Santo, entre el 8 de diciembre de 2015 y el 20 de

noviembre de 2016. Así se lee en carta firmada por el sumo pontífice y enviada al presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, Rino Fisichella, encargado de organizar el Año Santo extraordinario, el 1 de septiembre de 2015.

3.- La exhortación apostólica “*Amoris laetitia*”, *La alegría del amor*, sobre el amor en la familia, de 19 de marzo de 2016, después de los dos sínodos sobre la familia celebrados en 2015 y 2016.